





# Memoria en FUGA

Guadalupe del Rocío Villalobos Macías

*Docente*

**R**econocemos un momento especial por la sensación de euforia que nos provoca: un viaje inesperado, una buena comida, una risa compartida o una mirada de complicidad. En los cajones de mi memoria guardo un álbum de miradas; aunque muchas se han difuminado con el tiempo, algunas se han mantenido intactas por años. Si me concentro lo suficiente, aún puedo visualizarlas.

Sé que la vida es más que la intensidad de una mirada o el peso de un silencio. En las repisas de mi mente, donde escondo mis secretos y obsesiones, también habitan momentos cotidianos que me han hecho sentir acompañada, menos perdida. Si están ahí, no es por ser extraordinarios, sino porque son parte de la experiencia humana.

Cada instante, aunque simple, se convierte en un refugio que no quiero abandonar. Me aferro a ellos, aunque sé que eventualmente se convertirán en polvo. La nostalgia se manifiesta de manera constante, como síntoma de una memoria que encuentra en el pasado a un aliado. Me aferro, a pesar de que el tiempo va borrando cada paso que doy.

El otro día leí que los seres humanos comenzamos a añorar antes de que las situaciones lleguen a su fin. Nos dejamos envolver por el sentimiento de pérdida cuando la noche con nuestras amistades aún no termina, o cuando, aunque queden semanas de vacaciones, planeamos los primeros días de trabajo con pesadez y cierta resignación. Esta nostalgia futura se presenta como una fuerza intuitiva que nos anticipa lo inevitable: la despedida es olvido, y la pérdida es un pasado que no volverá, algo que quizá debimos gozar más mientras lo tuvimos.

Llevo meses preguntándome cómo recordaré ciertas etapas de mi vida y cómo transitaré por la mente de los demás. No le pido a mis recuerdos que me atesoren como yo a ellos; tampoco le pido a mis amigos que me guarden, porque sé que nada perdura, ni siquiera la mejor de las caricias. Pero entonces, ¿por qué será que tenemos tanto miedo a ser olvidados? ¿Por qué nos aferramos a ser presencia fija en la memoria de los otros? ¿Por qué deseamos encapsular la imagen de alguien que, eventualmente, será un fantasma?

Quizás porque me rehúso a que la convulsa realidad reduzca a polvo lo imperceptible que me regala la memoria: la posibilidad de guardar, en uno de los miles de cajones de mi interior, el vestigio de algo irrepetible.